

mundo entero y nos acompaña en la tarea. La Resurrección de Cristo es el centro de la Buena Noticia. Cristo vive, vive hoy.

Pablo en el Areópago de Atenas, una ciudad abierta a todas las novedades, encontró el rechazo de los oyentes al hablar de Cristo resucitado. Pero no olvidemos que eso mismo se dio desde el principio, y en el propio círculo de los más cercanos. Marcos nos lo refleja en el texto evangélico que acabamos de acoger: los discípulos de Jesús no creyeron el testimonio de la Magdalena, los apóstoles no creyeron a los caminantes de Emaús. Tampoco Tomás creyó a sus hermanos discípulos. Fue Cristo resucitado en persona quien se hizo ver, manifestó su presencia, y encendió en ellos la llama de la fe.

*Si pensamos que las cosas no van a cambiar, -nos advierte el Papa Francisco- recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive. De otro modo, «si Cristo no resucitó, nuestra predicación está vacía» (1 Co 15,14). El Evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar, «el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra» (Mc 16,20). Eso también sucede hoy. Se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda (EG 275).*

Esta ordenación de Nicanor y Adrián llena de alegría, a ellos y a toda la diócesis. Que mantengamos vivo este don precioso de la alegría, que es en realidad la manifestación de la esperanza y de la confianza en el Señor. Que la alegría, la esperanza y la confianza en el Señor nos mantengan fieles en la plegaria por nuevas vocaciones.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU  
OBISPO DE CANARIAS

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

HOMILÍA

CATEDRAL DE SANTA ANA. LAS PALMAS  
10 DE OCTUBRE DE 2015

decir a los Tesalonicenses: “*Como apóstoles de Cristo podíamos haberos hablado con autoridad; por el contrario, nos portamos con delicadeza, como una madre que cuida con cariño de sus hijos* (1 Tes 2, 7). Más audaz resulta su expresión en la carta a los Gálatas, cuando compara su tarea a la gestación del niño en el vientre de su madre, para un nuevo parto que en el ámbito de la naturaleza sería simplemente impensable: “*Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros*” (Gal 4, 19). Los padres y las madres, en los procesos de generación y de educación de sus hijos, no les aportan, no les dan cosas, recursos, ideas: Se dan a sí mismos, entregan su propia vida. Nada de extraño, pues, que esta realidad tan básica se exprese literalmente en la conclusión del Apóstol: *Os queríamos tanto, que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor*” (1 Tes 2, 8).

El Evangelio llega a los demás cuando va envuelto y envolviendo la entrega de la propia persona. Si no, se reduce a una cosa, a un código de comportamiento, o unas pautas de creencia, que siempre dejan sitio o dan pie a una grave pregunta: si ese Evangelio que pretendes entregarme no ha podido informar, configurar, marcar tu persona, ¿cómo pretendes que configure la mía? ¿cómo pretendes que configure la vida social? La misma entrega de la propia persona es ya una Buena Noticia, un Evangelio para el necesitado. Cuando el Evangelio empapa nuestras personas, entonces somos evangelizadores como pedía san Francisco de Asís a sus hermanos: *Prediquen siempre el Evangelio y, si fuera necesario, ¡también con las palabras!*”.

El texto evangélico que hemos acogido hoy es el anuncio que necesitamos: estamos nosotros en esa página, está nuestra mediocre perplejidad, nuestras dudas disimuladas, y el anuncio poderoso de Jesús que sacude nuestra incredulidad, nos envía al

NICANOR BERMÚDEZ PÁEZ  
ADRIÁN SOSA NUEZ

LECTURAS:  
Números 13 y 14.  
I Tes 2, 1-8  
Marcos 16, 9 -15. 20

## HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

CATEDRAL BASÍLICA DE SANTA ANA. LAS PALMAS  
10 DE OCTUBRE DE 2015

Queridos Hermanos y Amigos todos, queridos Hermanos Sacerdotes, queridos Formadores y Seminaristas, del Mayor y del Menor, muy queridos Nicanor y Adrián.

*El Señor cambió nuestra suerte y nos parece soñar. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres* (Salmo 125). Sí, después de los años de aflicción, hoy invocamos el don del Espíritu sobre dos hermanos nuestros para el ministerio presbiteral. Sí, el Señor ha escuchado nuestra súplica y *nos ha devuelto la alegría* (Salmo 50). *Si la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de cada Iglesia* (PDV 34), la respuesta vocacional de estos jóvenes es nuestra alegría y nuestro gozo. Damos gracias al Buen Pastor desde lo más profundo de nuestros corazones.

La Palabra de Dios ilumina nuestra situación y nos interpela. El libro de los Números nos sitúa en el momento justo en que, después de los largos años de vivir en la aridez del desierto, el pueblo se halla a las puertas de la tierra prometida. Esta no solo es la meta del camino por el desierto; es la meta de todo el camino creyente desde Abraham. ¿Es esta nuestra situación? ¿Porque ordenamos hoy a dos Presbíteros después de tres años de sequía, se ha acabado el desierto y entramos en la tierra prometida? No exactamente. El desierto siempre estará a nuestra espalda y a nuestro alrededor en la medida en que se extienda la rutina sin alma en la vida cristiana o pastoral, y el puro sentimiento en la fe, sin encuentro personal y vivo de los creyentes y los pastores con el Señor. El desierto estará también un poco o un mucho en nuestro propio corazón en la medida en

seglares y consagrados. Ser pastor es acompañar y dar esperanza, y también interceder, orar por la comunidad porque se ama a los que pesan. Con el ejemplo de Moisés, guía e intercesor, recordamos las hermosas expresiones de Ignacio de Antioquía en su carta a Policarpo: *Llévalos a todos sobre ti como a ti te lleva el Señor. Carga sobre ti las debilidades de todos.*

El Santo Padre Francisco ha convocado el Jubileo de la Misericordia como invitación a toda la Iglesia para que sea testigo de la Misericordia del Padre. El primer testigo, el auténtico rostro de la Misericordia del Padre, ha sido su propio Hijo. Él sí lleva sobre sus hombros a todos, él sí carga las debilidades de todos. Así lo manifiesta el logo del Año Jubilar con la imagen del Hijo cargando sobre sus hombros al hombre herido, tocando su carne y confundiendo su mirada con la del hombre caído. A todos, pero especialmente a los Sacerdotes, nos afecta esta imagen para hacerla realidad en el ejercicio de nuestro ministerio como signos de Cristo Buen Pastor. Leíamos hace pocos días en la Liturgia de Lecturas en la Carta de Policarpo de Esmirna a los Filipenses: *Que los presbíteros tengan misericordia y se muestren compasivos para con todos, tratando de traer al buen camino a los que se han extraviado; que visiten a los enfermos, que no descuiden a las viudas, a los huérfanos y a los pobres; que se abstengan de toda ira, de toda acepción de personas, de todo juicio injusto.*

Las cartas de Pablo son un rico tesoro de pautas ejemplares para la comprensión y para el ejercicio del ministerio apostólico, del servicio pastoral del Obispo y los presbíteros. Él entiende este su servicio como oficio de padre y hasta de madre. *“No os escribo esto para avergonzaros –dice a los Corintios-, sino para amonestaros. Porque os quiero como a hijos; ahora que estáis en Cristo tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús”* (1 Cor 4, 14-15). Hoy le hemos escuchado

que nos distanciamos de Jesús y perdamos la confianza en Él, en su presencia y en su fortaleza alentadora.

El desierto siempre está cerca de nosotros, amenazante, dispuesto a tragarse todos nuestros entusiasmos y proyectos, dispuesto a apagar todos los colores y a borrar todos los caminos. En realidad siempre estamos en este punto concreto de la Historia de la Salvación: detrás, la esclavitud del pecado y el camino del desierto por el que buscamos crecer en la libertad. Delante, la gracia y la fortaleza del amor de Dios que nos acerca cada día más a la meta: la alegría de la vida en plenitud, ahora en este mundo, y para siempre en la patria definitiva.

El pueblo siempre ha estado caminando, pero siempre ha estado protestando, experimentando lo duro que es dejarse conducir por Dios allí donde no hay caminos, ni pan ni agua. Y en el desierto también se pueden encontrar los falsos dioses que, como becerros de oro, nos piden adoración, dedicación y seguimiento.

Devuélvenos a Egipto, estábamos mejor allí. Éramos esclavos del Faraón, pero comíamos y bebíamos. ¿Por qué no nos dejaste morir en el desierto? ¡Elijamos un guía para que no lleve de nuevo a Egipto!

Dios mandó a Moisés que enviara exploradores a la tierra de Canaán. Moisés los envió y, después de cuarenta días de exploración, volvieron y se presentaron a todo el pueblo. ¿Qué trajeron los exploradores de la tierra prometida, qué trajeron del futuro cercano, ya al alcance de la mano?

No todos trajeron lo mismo: todos trajeron racimos de uva, granadas e higos, pero no solo eso: los desconfiados trajeron también miedo y desesperanza. Solo Josué y Caleb, que tenían otro Espíritu, trajeron del futuro la esperanza. Nosotros, Obispo y

Sacerdotes, vivimos este momento del desierto de Farán, a las puertas de la tierra prometida, como pastores del pueblo, somos nosotros los exploradores que anuncian al pueblo los pasos que Dios nos invita a dar, y lo animan a pasar la frontera.

Muchas veces lo he dicho: La desesperanza nace de la experiencia del fracaso, de la experiencia de las dificultades y de la experiencia de la propia debilidad, todo junto. Pero la esperanza no nace de la experiencia del éxito, ni de la ausencia de dificultades, ni de la falta de conciencia de la propia debilidad, ni de la suma de todo ello. Nace de la experiencia de Dios, vivo y actuante, aunque los frutos sean escasos o nulos, aunque sean fuertes las dificultades, a pesar de la conciencia de la propia debilidad.

Y llega el momento de decidir. Siempre es tiempo de decidir, entre el miedo y el aburrimiento, o el riesgo y la esperanza. Si no merece la pena seguir, no tiene sentido haber llegado hasta aquí. Hay las mismas ‘razones’ para seguir adelante que para llegar hasta el punto en que estamos. Se pierde la esperanza cuando se pierde la memoria histórica: *Yo os he llevado como en alas de águila*. La esperanza nace de la experiencia de la fidelidad de Dios, no de la nuestra. Él nos sorprende. *Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa* (Heb 10, 23).

A veces nos pesa nuestra propia debilidad, y en ocasiones es el pueblo que pasa dificultades para creer y caminar el que nos pesa a los pastores, tira hacia abajo de nosotros mismos en inquietud y en demanda. Nosotros, débiles y pecadores, hemos de aprender cada día a amar a un pueblo débil y pecador. Nosotros, que también nos cansamos y también sentimos la seducción de los falsos dioses, aprendemos cada día a amar a un pueblo que se cansa y siente la seducción. Nosotros, que también nos cansamos, aprendemos también cada día la esperanza de nuestros hermanos